

Hay, eso sí, algunos detalles mínimos, como en todo libro, que, sin embargo, no restan calidad al manuscrito. Woldenberg conoce bien el tema del que habla, eso es evidente. La manera en que lo reseña nos remite a una historia con dos vertientes: una de avance y de mejora, de reforma permanente, y otra de asignaturas pendientes que, como se ha visto después de cada elección, siguen siendo muchas.

Algo que probablemente se pueda reprochar al autor es la inexistencia de un apartado sobre los cambios institucionales en las entidades federativas, en concreto, los institutos electorales estatales. Pero eso, al igual que las erratas y algunos párrafos y frases que son idénticos y aparecen más de una vez, quizás se pueda enmendar en una próxima edición, que seguramente existirá.

Jaime Hernández Colorado
El Colegio de México

CLARA LIDA, PABLO YANKELEVICH, (comps.), *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica*, México, El Colegio de México, 2012, 328 pp. ISBN 978-607-462-394-9

En el siglo XIX, en paralelo con la expansión capitalista, tuvo lugar la proletarianización de los artesanos y de los campesinos que fue resistida a veces violentamente. Esas formas de resistencia incluyeron la negación del maquinismo, el escape hacia las utopías que buscaban la creación de espacios económicos alternativos y formas de convivencia social diferentes a las que propugnaba la burguesía en ascenso, incluyendo la democracia representativa. Esa resistencia cuestionó el énfasis en la producción para el mercado y buscó generar formas productivas centradas en el consumo y en la satisfacción de las necesidades humanas. Los diseños de diversos tipos de utopías por parte de Owen, Fourier y otros incluye-

ron también reflexiones sobre la naturaleza, sobre la ciencia, sobre los fundamentos éticos de la vida social. Los socialistas utópicos, como pasaron a denominarse, fueron los antecesores de quienes, en la segunda mitad del siglo XIX, se autodenominaron anarquistas. Es decir, el capitalismo en expansión no sólo aplicó la ciencia a la tecnología, no sólo dio lugar a la creación de una economía centrada en la acumulación de capital, sino que reorganizó las relaciones sociales, tanto en el ámbito de la organización del trabajo como en la conciencia que desarrollaron los primeros proletarios.

Esa conciencia se manifestó en la creación de mundos alternativos, espacios culturales particulares y también en la introducción de nuevas prácticas y de nuevos discursos sobre temas como la sexualidad. Asimismo, se crearon formas de expresión en donde los sectores populares asumieron el lugar central en obras de teatro, fiestas, celebraciones, conmemoraciones. Aparecieron obras literarias y musicales que se plasmarían en una abundante prensa cuyos títulos reflejaron ese esfuerzo por enfrentarse a la onomíasta de los capitalistas.

Esa dinámica estuvo focalizada primero en pensadores utópicos, artesanos letrados, filósofos, campesinos radicalizados, literatos y poetas, que se constituirían en un sector social que, al final del siglo XIX y a raíz del caso Dreyfuss pasarían a denominarse “intelectuales”, con Emilio Zola a la cabeza. Estos “intelectuales” se identificaron con un discurso anti capitalista que reivindicó al individuo libre, hombre o mujer, productor más que proletario, y dio lugar al pensamiento “libertario” fundamento de la idea anarquista.

Es importante agregar que junto con esta dimensión cultural del anarquismo también surgieron versiones más políticas, encabezadas por ideólogos republicanos que cuestionaron frontalmente al Estado impregnado de los resabios del monarquismo y propugnaron por su destrucción, sobre todo en las jornadas revolucionarias de 1848. Personajes como Louis Blanc y Augus-

te Blanqui emprendieron iniciativas radicales que los llevaron a la cárcel por períodos largos de sus vidas. Esta confrontación introdujo prácticas que no se limitaron a cuestionar las bases económicas del capitalismo naciente sino su contraparte política, estrechamente ligada a las formas de dominación que culminaron en la consolidación del Estado nación en el último tercio del siglo XIX en países como Francia, Alemania, Italia e Inglaterra.

El anarquismo y el pensamiento libertario traspasaron las fronteras nacionales cuando las grandes migraciones de fines del siglo XIX, que involucraron a italianos, españoles, alemanes, llevaron a muchos militantes de esa causa a países como Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, México, Perú, así como a Estados Unidos. Entre 1870 y 1918, esas migraciones se asentaron en algunas ciudades-puerto como Santos, Buenos Aires, Guayaquil, Buenaventura, Lima-Callao. Fue en ellas que se fortalecieron las ligas entre militantes anarquistas y líderes obreros que surgieron en los puertos, los enclaves mineros, las plantaciones azucareras, bananeras y algodóneras.

La relación entre el anarquismo y el movimiento obrero naciente dio lugar a formas específicas de la acción y del pensamiento libertario, no siempre idénticas a las que habían surgido en Europa. Esas diferencias se explican esencialmente por la ausencia en los países mencionados de un capitalismo en expansión que se asimilara al modelo clásico. En América Latina, la centralidad de la economía de enclave (minera y agroindustrial) ubicada en sociedades predominantemente agrarias, impidió que el anarquismo pudiera asumir las formas que existieron en España, Italia o Francia.

Este preámbulo tiene por objeto contextualizar la importante contribución realizada por el libro compilado por Clara Lida y Pablo Yankelevich para dar cuenta de la relación entre la cultura y la política del anarquismo en España e Iberoamérica. La compilación propuesta contiene ocho estudios de los cuales tres están referidos al caso español y cinco a la situación latinoamericana en

la que se incluyen discusiones del anarquismo en Argentina, Perú, Cuba, Chile y Brasil, en ese orden. Una primera constatación general tiene que ver con el énfasis que el anarquismo español le asignó, al menos en la versión que Manuel Morales Muñoz, Clara Lida y Álvaro Girón Sierra, a debates fuertemente culturales en donde se deslindó de la masonería, de los dogmas religiosos y a la vez interactuó con los planteamientos de la teoría de la evolución.

En los textos referidos al anarquismo español, se reconstruyen diversos debates que tuvieron lugar entre los ideólogos anarquistas y otras tendencias. Así, se alude al debate entre libre-pensadores y darwinistas en un texto de gran interés por los matices que introduce en su análisis. Ahí también aparece un esfuerzo por reconstruir las articulaciones y diferencias entre socialistas, anarquistas, republicanos y demócratas, que poseemos en la literatura. En efecto, estas tendencias ideológico-políticas compartieron argumentos y espacios políticos sin que por ello sostuvieran los mismos puntos de vista. En los textos mencionados, al contrario, se les entrelaza y se afirma cómo cada una de ellas contribuyó a construir discursos que rompieron con las herencias clericales y monárquicas que habían sobrevivido a los cuestionamientos de la Ilustración. La visión del anarquismo español facilitó la secularización y fortaleció la modernidad política al introducir deslindes con la filosofía política en que descansaba la idea de la democracia representativa abriendo así nuevas perspectivas de organización política.

El anarquismo español no se limitó a establecer deslindes filosófico-políticos. También se interpuso a los planteamientos de Kropotkin sobre la ayuda mutua, los que se contrastó con las ideas de Darwin acerca de la sobrevivencia de los más fuertes. Aparece así un matiz en la adhesión que algunas escuelas del anarquismo habían manifestado con relación al darwinismo. Pues, en efecto, asociarlo al anarquismo podía parecer contradictorio, sobre todo partiendo del pensamiento de Kropotkin.

Otro debate al que se alude es el que mantuvieron los anarcocomunistas con los colectivistas anárquicos, confrontados con relación al análisis de la evolución del sistema capitalista. Para los primeros, propiciar el colectivismo era regresivo y en sus propias palabras: “el colectivismo supondría una vuelta al sistema capitalista de salarios y, es más, marginaría de la socialización del producto a muchos asalariados como jornaleros sin tierra, obreros que no poseían cualificación ni herramientas, mujeres trabajando en el hogar sin remuneración por no hablar de los viejos y enfermos” (p. 126).

En este mismo sentido, el anarquismo se deslindó de las corrientes socialistas autoritarias y afirmó que el socialismo y la libertad eran compatibles. Esta postura anti-jacobinista alejó al anarquismo de las tendencias socialistas que eran ajenas a lo que Marx había defendido en su juventud, las que fueron uno de sus fundamentos teóricos. Fue ahí donde el anarquismo asumió su carácter libertario, contrario a la autoridad estatal y a los procedimientos parlamentarios que, en su visión, trastocaban la autonomía individual sometiéndola a una representación que no era fiel reflejo de la voluntad de los actores.

En los textos sobre el anarquismo latinoamericano, Juan Suriano, Ricardo Melgar, Amparo Sánchez Cobos, Sergio Grez Toso y Jacy Seixas enfocan su evolución en Perú, Cuba, Chile y Brasil. En estos trabajos, lo que en España había tenido una fuerte impronta letrada, se transformó en prácticas políticas asociadas al movimiento obrero naciente en donde discursos filosóficos pasaron a ocupar un lugar subordinado a las luchas de los trabajadores de esos países.

En efecto, los innumerables panfletos, periódicos, folletos, proclamas, manifiestos, elaborados y difundidos por toda clase de propagandistas, estaban basados en diagnósticos sobre la estructura económica y las formas de dominación en países con economías de enclave centradas en la minería, en la agroindustria del

azúcar, del algodón y del plátano.¹ Es notable constatar que esta producción intelectual crítica y la difusión de los grandes debates sobre el socialismo naciente encontró un público disponible y caló profundamente en centros de trabajo en donde existían grandes concentraciones de trabajadores.

También se asoció a la importancia que el anarquismo le asignó a la educación concebida en términos amplios, más allá de una simple acumulación de conocimientos. Amparo Sánchez Cobos, en su texto sobre Cuba, abunda en este tema al afirmar que “el espacio educativo y cultural anarquista intentó competir con las instituciones públicas y privadas y se convirtió en uno de los lugares de difusión de una conciencia diferenciadora, de una identidad cultural y política y de un patrimonio cultural específico vinculado al proyecto anarquista de emancipación social” (p. 245). También dio lugar a la producción de obras de teatro como lo señala Sergio Grez para el caso de Chile, en donde textos poéticos y literarios que ampliaron la resonancia de las ideas anarquistas.² Se consolidó un patrimonio intelectual y cultural cuya resonancia superó los públicos específicos asociados a las organizaciones anarquistas.

Dicho de otra manera, estos documentos y esas prácticas cotidianas eran discutidos en las instalaciones productivas, en los trenes de pasajeros, en los hogares de los trabajadores, en las cantinas y en los teatros y en otros lugares de esparcimiento. Contribuye-

¹ Quizá el caso más conocido sea el del periódico *Regeneración*, dirigido por hermanos Flores Magón en México a partir de 1900. No obstante, los títulos de otros son muy sugerentes: *El Condenado*, *Idea libre*, *El Productor*, *El Socialista*, *El Grito del Pueblo*, *La Anarquía*, *Tierra y Libertad*, *El Despertar de los Trabajadores*, etcétera.

² Sergio GREZ TOSO es autor de *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*, Santiago, Lom, 2007, contribución significativa de la dimensión cultural en el anarquismo chileno.

ron a crear una sociabilidad popular que eventualmente contribuiría a crear una conciencia obrera radical que se expresó en diversos espacios socioculturales. La importancia didáctica de estas manifestaciones hizo posible que los obreros se percataran que sus intereses no coincidían con los de los capitalistas y con los de otros grupos sociales y al mismo tiempo rechazaron las iniciativas que buscaban someterlos a proyectos ajenos a su propia trayectoria. Se conformó una identidad obrera que perduraría incluso cuando el movimiento obrero se subordinó a proyectos ideológicos que descartaron al anarquismo.

Ricardo Melgar, en su estudio del Perú, se refiere a otras cuestiones que también formaron parte del aterrizaje del anarquismo en las tierras latinoamericanas. Por ejemplo, la participación de las mujeres que, si bien reivindicaron sus derechos en el marco de las luchas obreras y políticas, subrayaron también su derecho al sufragio. Otra cuestión polémica tuvo que ver con el racismo que los anarquistas peruanos manifestaron respecto de negros, chinos y japoneses mientras, al mismo tiempo, se hacían portavoces de los derechos de la población indígena. Entonces, la situación peruana difiere de la cubana en donde Amparo Sánchez Cobos reconoce la especificidad del anarquismo de la Isla que, a la vez que reivindicó los derechos laborales de los afrocubanos, se los negó en el ámbito político. Así, en sus palabras, “las anarquistas despojaron así la cuestión racial de su componente político lo que, unido a la falta de organizaciones o espacios específicos para la población de color que hubieran podido canalizar las demandas de este colectivo, se tradujo en una lenta incorporación de este sector a sus organizaciones” (p. 227).

Por último, Jacy Seixas, respecto del Brasil entre 1890 y 1920, vuelve a subrayar el tema de las repercusiones de la inmigración en la aparición del anarquismo periférico. Ahonda en la caracterización del “militante anarquista” al decir que “no se trata de afirmar un sujeto metafísico, sustancial, portador de una independencia

en relación con las tensiones y desafíos de su propio tiempo, sino de buscar aprehender la historicidad que construyó la figura (o mejor dicho la figuración), del militante anarquista en su enorme plasticidad” (p. 302). Deslinda la figura del proletariado militante del proletariado dirigente la decir: “Los trabajadores no deben ser dirigidos ni gobernados, incluso para el buen objetivo sino que deben dirigirse y emanciparse a sí mismos” (p. 303).

En suma, los debates reseñados en este libro constituyen una fuente muy sólida para distinguir entre lo que fuera el anarquismo europeo y el que se desarrolló a su sombra en América Latina. Sin que se puedan oponer el uno al otro, tampoco se deben confundir. Por una parte, el papel del anarquismo en debates respecto de la secularización de la vida social y sobre las implicaciones del darwinismo, entre otras cuestiones, y por otro lado, el lugar que ocupa en la historia del surgimiento y desarrollo del proceso de organización de los trabajadores son aspectos que este libro presenta en forma informada y que seguramente constituirán referencia obligada para su estudio en el siglo XXI.

Francisco Zapata
El Colegio de México

SANDRA KUNTZ FICKER (coord.), *Historia mínima de la economía mexicana, 1519-2010*, México, El Colegio de México, 2010, 319 pp. ISBN 9786074623147

El crecimiento económico es un gran tema en la historia mexicana, o al menos lo es para los historiadores de México que trabajan en ese país. Por su parte, los colegas del mundo de habla inglesa ven el interés por la historia del crecimiento económico de manera muy similar a como Freud veía la conexión entre el erotismo